

MOREJÓN RAMOS, José Alipio: **Nobleza y humanismo. Martín de Gurrea y Aragón. La figura cultural del IV duque de Villahermosa (1526-1581)**. Zaragoza, Institución «Fernando El Católico», 2009, 497 págs., ISBN: 978-84-7820-972-9.

El presente libro es fruto de una labor de investigación de más de diez años, lo que se aprecia al observar la detallada sistematización de sus dos partes, que son a su vez las dos primeras de la tesis doctoral defendida por el autor en mayo de 2004 bajo la dirección de Concepción García Gaínza, en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Navarra. Esta naturaleza de investigación de tesis se refleja en el número de archivos consultados, cuyas siglas van al inicio del estudio, yendo al final las fuentes impresas y la bibliografía (págs. 459-495), que preceden a veintiséis láminas de iconografía del duque, de su familia y de piezas de arte. Pero aunque lo artístico es el planteamiento básico en el libro —dado el carácter de mecenas de don Martín plasmado como es sabido en el palacio de Pedrola, debido a él en su edificación (1550-1581) y su contenido artístico—, hay otras luces que se aportan y que resultan sustantivas para entender la cultura nobiliaria en la España del XVI. Cultura nobiliaria que, en diversas realidades y aspectos de lo librario y, en general del coleccionismo, precedió al afán erudito del XVII. Así, en el caso que nos ocupa, sin duda Villahermosa es preludeo de tendencias presentes en mecenas posteriores, caso de su paisano Vincencio Juan de Lastanosa, el patrón de Baltasar Gracián, cuya pasión por el saber a través de objetos y libros fue muy similar. Cabe recordarse la gran afición común en

ambos por la numismática y medallística, que dieron como fruto la *Disertación sobre las medallas antiguas españolas del Museo de Don Vicencio Juan de Lastanosa*, que escribió a petición de este Francisco Fabro Bremundan, hoy manuscrito 6334 de la Biblioteca Nacional, y que se unieron a los precedentes *Discursos de medallas y antigüedades* del propio don Martín, que va a editar próximamente nuestro autor, Morejón Ramos, según otros dos manuscritos de la Nacional, el 7534 y el 12167. Este último fue copia de Antonio Agustín, muy amigo del duque, y el cual fue autor de otro tratado al efecto, los célebres *Diálogos de medallas, inscripciones y otras Antigüedades, aparecidos en Tarragona tras la muerte de su amistad*, en 1587. Otra personalidad del círculo del duque, el arzobispo Hernando de Aragón, escribió asimismo un *Promptuario de las Medallas de todos los mas Insignes Varones que ha auído desde el principio del mundo*, trasladado al castellano por Juan Martín Cordero y aparecido en Lyon en 1561, por lo que al menos hubo una tetralogía aragonesa en este sentido.

Sería interesante estudiar similitudes y diferencias entre las realidades del coleccionismo artístico, la erudición y los usos librarios en los siglos XVI y XVII en Aragón, en los casos de Villahermosa o Lastanosa, y compararlos con los ofrecidos en otras tierras españolas, como la sevillana, que se podría ejemplificar en el III duque de Alcalá, Fernando Enríquez de Ribera (1583-1637),

recuperado historiográficamente por González Moreno (Sevilla, 1969) y más modernamente en este sentido por Brown y Kagan, que comentaron sus colecciones de la casa de Pilatos en un importante artículo de 1987, («The Duke of Alcalá: his collection and his evolution», en *The Art Bulletin*, vol. 69, n.º 2, págs. 231-255). ¿Se podría hablar de un modelo aragonés frente a un modelo andaluz, o las concomitancias son tan grandes que impide hacerlo? ¿Se podría hablar de mayor tendencia a lo erudito-librario en Aragón y a lo puramente artístico y especialmente pictórico en Andalucía, o es aparente esta dicotomía? Asimismo, el desarrollo de las últimas décadas de los estudios sobre patronazgo nobiliario europeo, desde por ejemplo los libros de Mary Hollingsworth (*Patronage in Italy: from 1400 to the Early Sixteenth Century*, Londres, 1994) o de Sharon Kettering (*Patronage in Sixteenth and Seventeenth Century in France*, Aldershot, 2002), permiten abordar perspectivas continentales diversas y a la vez similares en modos de representación y usos sociales del poder desde la atalaya del coleccionismo y las cortes literarias de la nobleza. Es evidente que desde el siglo XV, con los procesos de fortalecimiento del poder real, los linajes nobles encuentran en la tenencia y exposición de arte una vía de prestigio frente a su debilitamiento político-militar (Joaquín Yarza, *La nobleza ante el rey: los grandes linajes castellanos y el arte en el siglo XV*, Madrid, 2003), y, a su vez, luego, las monarquías nacionales, tras su consolidación, son conscientes de los usos sociales del arte como instrumento de preponderancia, no solo internamente sino ante sus iguales europeos, como expuso Fernan-

do Checa brillantemente con su *Felipe II, mecenas de las artes* (Madrid, 1997).

Centrándonos en Villahermosa, en su formación humanista, es obvio que fue determinante el aprendizaje del latín, italiano y francés, y las nociones de griego e incluso hebreo que adquirió con su tío el cardenal Pedro Sarmiento, muerto en 1541, que le inculcó su amor por la Antigüedad clásica. Por esta solidez en letras humanas, que siguió cultivando, recibió el conocido calificativo de filósofo aragonés por parte de Felipe II, que lo eligió para acompañarle junto a otros nobles en su viaje a Inglaterra para matrimoniar con María Tudor, en 1554 —pese al conflicto con el poder real por la titularidad del condado de Ribagorza—. Fueron entonces unos tiempos europeos en su vida pues permanece fuera de España los años siguientes, participando en primera línea en la jornada de San Quintín —le recordó reiteradamente al monarca que fue el día del oscense san Lorenzo—. Regresó por fin en 1559, eso sí, junto a dos pintores flamencos que vinieron en su séquito, Pablo Schepers y Rolan Moys, este retratista suyo y pintor de relieve que ha sido objeto de estudio por parte de Morte García en los años ochenta y noventa. Ya por entonces, en esos años cincuenta, inició y continuó el acopio de medallas y antigüedades varias, proseguido en sus tierras aragonesas y que le llevaría a redactar sus *Discursos de medallas...* Dado lo atractivo de su personalidad, esta atrajo ya a José Ramón Mélida con su *Noticia de la vida y escritos del muy ilustre...* como introducción a su edición —en realidad, «versión», como explica Morejón— de los referidos *Discursos* (Madrid, 1903) o poco después a M.A. Moreton, (*A playmate of Philippe II...*, Londres, 1915).

La parte primera, en seis capítulos, desmenuza la vida del duque, empezando por el linaje y el encumbramiento de este (cap. I), su infancia junto al cardenal Sarmiento y como menino de la emperatriz Isabel y paje del príncipe Felipe (cap. II), y su boda (1541), matrimonio y viudez (1560) de doña Luisa de Borja. Volvió a casar, con María Pérez de Pomar, fallecida a la par casi que su marido, en 1581 también (cap. III). Siguen unos capítulos más de perspectiva, pues se centran en su figura como cortesano, gobernante y en una valoración de sus años finales. Morejón hace un detallado itinerario de sus devenires cortesanos en el capítulo dedicado a ellos (págs. 85-124), y en el que se destaca su vinculación con Granvela, sus ambiciones desde inicios de los años cuarenta y el abandono de las mismas desde comienzos de los años setenta, centrándose pronto en una vida recogida de renuncia y más en el arte religioso, sobre todo tras el suceso de la prisión y muerte de su primogénito al matar este a su mujer en crimen pasional, afectándole igualmente mucho las muertes en esa década de doña Juana de Austria, de Requesens o de don Juan de Austria, como asimismo la caída de Antonio Pérez, todos ellos valedores y muy cercanos a él. Como gobernante de sus estados (págs. 125-137), se destaca su dinamismo resolutivo, «incansable en los negocios», se decía, y sus habilidades para enfrentarse a problemas complicados, como el largo pleito por el condado de Ribagorza frente a la corona.

La segunda parte consta de cinco capítulos, más extensos que los anteriores. El primero, «Mecenas y humanista», se inicia con el amplio espacio dedicado al trato con Antoine Perrenot de

Granvelle, que se define como «una profunda amistad», y que se presenta en diversos ángulos de trato. Otras amistades cultivadas, capitales en la vida de don Martín, fueron, ya indicamos, Antonio Agustín (págs. 195-205), con el que compartía su pasión por las medallas y monedas (el inventario de las piezas del prelado en AHN, Jesuitas, leg. 426, exp. 32), y con el arzobispo de Zaragoza Hernando de Aragón (págs. 205-208), que asimismo se escribía frecuentemente con Granvela en los años cincuenta (véase Real Biblioteca, mss. II/2253, 2283, 2285, 2286, 2290 y 2306), al igual que Pedro Labrit de Navarra (II/2252, 2279, 2282), igualmente del círculo humanístico de don Martín. Dada la dimensión de Perrenot, no extraña que estas amistades del duque de Villahermosa, incluido Agustín (II/2252, II/2258, y II/2298) se hallen todas presentes en el epistolario granveliano de la Real Biblioteca. El segundo capítulo se centra en los ámbitos físicos donde desarrolló don Martín sus actividades como mecenas, así, el palacio de Pedrola, la villa de recreo de Bonavía y sus viviendas zaragozanas. Los capítulos III y IV se ocupan de los pintores de su corte y de las series de retratos familiares, tratándose con detenimiento de la serie áulica de Pedrola. Un último capítulo, muy extenso, refiere las colecciones ducales, que eran diversas (monetario, estatuario y vasos, pinacoteca, objetos de *naturalia* y *artificialia*, armería, joyero y aparte los fondos religiosos, incluyendo un relicario), piezas en las que estaban presentes las habituales representaciones religiosas y mitológicas propias de las grandes colecciones renacentistas y manieristas de Europa. Culmina el completo estudio de Morejón

con unas conclusiones, subrayando la dimensión del duque en este sentido.

El enfoque de don Martín a su mecenazgo, en lo que se incide con particularidad, era de amplias miras, de base continental, pues, aparte de sus viajes en los años cincuenta, su estrecho trato epistolar con el cardenal Granvela, al menos desde 1542, facilitaba esta visión europea dado el carácter cosmopolita del prelado y ello pese a largos períodos sin verse. El carácter de tutoría, no solo en lo artístico, está bien presente en dicho epistolario, sintiéndose el duque discípulo del hombre de estado en muchos aspectos pese a ser este agente efectivo suyo para muchas de sus adquisiciones. Esta realidad la refleja ampliamente Morejón y es clave para entender aficiones de don Martín sobre determinados puntos de la Antigüedad clásica, como el gusto por la historia imperial romana y que tiene una lectura política coetánea dado el concepto cesarista de muchas actuaciones europeas del cardenal. La ascendencia sobre el duque de Antonio Agustín, paisano, fue asimismo grande, con el pleno dominio de la numismática y la medallística, campo común de interés, mostrando un influjo aún mayor que el cardenal en lo relativo a la Antigüedad, de ahí que sea el más citado en el *Libro de Antigüedades* de don Martín. Otras relaciones, como las del Arzobispo y virrey don Hernando de Aragón o Pedro Labrit, obispo de Cominges, pueden parecer menores pero no lo fueron y tienen más de una dimensión de conexión con el modo de entender la historia. Recordemos la alta calidad del primero como historiador y cronista de Aragón, siendo censor de Zurita en la primera parte de sus *Anales*, nada menos, y que el segundo envió

a Felipe II unos *Diálogos qual debe ser el chronista del principe*.

Este libro resulta enriquecedor para el estudio de la vida cultural y artística del reino de Aragón en el siglo XVI pero va obviamente más allá, pues ofrece claves interpretativas y de modelos sobre las cortes nobiliarias hispanas en la faceta de mecenazgo artístico y literario, claves que nos adentran en la manifestación del poder y su representación social. No se trata por tanto de una mera dialéctica de gusto por el arte y la Antigüedad sino de su uso social y a veces político. Volviendo a la idea de cotejo del inicio, hay que subrayar, en los siglos XVI-XVII, la diversidad de niveles de significados en el mecenazgo y el coleccionismo en la Monarquía Hispánica según sus ámbitos. El interior de Castilla, en este sentido, tiene más que ver con el lujo y el prestigio social (M. Simal López, *Los condes-duques de Benavente en el siglo XVII: patronos y coleccionistas en su villa solariega*, Benavente, 2002), mientras que en Nápoles hay más un concepto de autoridad y de uso de la imagen para la perceptibilidad social de la misma (Diana Carrió-Invernizzi, *El gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española del siglo XVII*, Madrid, 2008, o José Luis Colomer, *España y Nápoles. Coleccionismo y mecenazgo virreinales en el siglo XVII*, Madrid, 2009). Villahermosa, hombre hábil que además de escribir bien sabía dibujar, no dudó en traerse a Pablo Schepers y Rolan Moys para que trabajaran para él. Luego se preferirá traer directamente las obras de los artistas, pero el concepto de que el arte sirve para ser instrumento de poder social y político es el mismo. Don Martín decidió incluir en su *Libro de Antigüedades* un discurso sobre la «Pompa de los

Emperadores Romanos», detallado y vistoso, que tiene una entidad no meramente erudita. La conclusión del libro de Morejón manifiesta la rica personalidad del duque y sus cualidades para apreciar el arte, siendo un verdadero

humanista en realidad que le permitió aventajar en sensibilidad a otros mecenas de su tiempo y posteriores, más «atesoradores» de piezas que intérpretes de ellas.

Valentín Moreno Gallego

Real Biblioteca

valentin.moreno@patrimonionacional.es

HUGUET-TERMES, Teresa, ARRIZABALAGA, Jon y COOK, Harold J.: **Health and Medicine in Hapsburg Spain: Agent, Practices, Representations**. Londres, The Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL, 2009, 158 págs., ISBN: 978-0-85484-128-8.

El volumen que reseñamos reúne media docena de estudios sobre diversos aspectos de la historia de la medicina y de la salud en los reinos hispánicos de los siglos XVI y XVII. Seis capítulos que van desde el pluralismo médico en la sociedad valenciana a la elaboración teórica de la figura del «perfecto médico» en el exilio alemán por parte de un médico converso portugués de formación salmantina, pasando por las prácticas de los saludadores aragoneses, la organización de los hospitales madrileños y la del laboratorio de destilación de El Escorial, así como el papel esencial jugado por la medicina en la plasmación ibérica de la *Querelle des Femmes*, desde Huarte hasta Feijoo, por poner dos hitos conocidos. Temas, como puede verse en esta mera enunciación, que se alejan de una visión estrecha y tradicional de la historia de la medicina, prestando atención a fenómenos que, hasta hace no mucho, se consideraron marginales o extemporáneos, pero que

en las últimas décadas han mostrado su potencial atractivo para traspasar barreras disciplinares cada vez más obsoletas y autolimitadoras.

Los diversos capítulos son resultado de algunas de las ponencias presentadas en una reunión celebrada en Londres, en junio de 2006, organizada por Harold J. Cook —autor de la breve introducción que presenta el volumen, págs. 1-6—, de los debates habidos en dicha reunión y de la posterior reelaboración de unos textos, ampliados y anotados para la publicación, editados por los otros dos firmantes del volumen, Teresa Huguet-Termes y Jon Arrizabalaga, quienes, además, son autores de sendos capítulos del libro. Las autoras de los otros cuatro capítulos son María Luz López Terrada, Mar Rey Bueno, María Tausiet y Mónica Bolufer. Este elenco de historiadoras representa, sin duda, la pujanza de una generación, formada entre los años ochenta y principios de los noventa del siglo pasado,